

LOS CAMINOS CRUZADOS O LAS EXPERIENCIAS COMUNICATIVAS DE UN ANFIBIO

THE CROSSWAYS OR THE COMMUNICATIVE EXPERIENCES OF AN AMPHIBIAN BEING

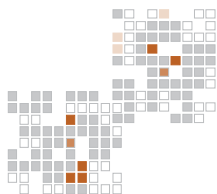
OS CAMINHOS CRUZADOS OU AS EXPERIÊNCIAS COMUNICATIVAS DE UM ANFÍBIO

Germán Rey

■ Profesor de la Maestría en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha sido Defensor del lector del periódico El Tiempo, integrante del Consejo de Ciencias Sociales del Sistema Nacional de Ciencia de Colombia y Asesor en políticas culturales del Ministerio de Cultura de Colombia. Actualmente forma parte de la Junta Directiva de la Fundación Gabriel García Márquez de Nuevo Periodismo Iberoamericano. Fue Director del Centro ÁTICO (2010-2015).

■ Email: greybeltran@gmail.com

78



RESUMEN

Se trata de un recorrido muy personal por el itinerario del trabajo investigativo en comunicación del autor, en el que se distinguen diversos momentos: sus estudios sobre comunicación y política, la profundización en las narrativas televisivas, las indagaciones sobre economía de la cultura, sus trabajos sobre la evolución de las políticas culturales y más recientemente sus exploraciones sobre tecnologías, experimentación y creatividad. El itinerario está acompañado de algunas dimensiones de su abordaje que han influido en la orientación de su investigación como el diálogo entre conocimiento académico y espacios profesionales o la confluencia entre la psicología, la comunicación y conocimientos de frontera.

PALABRA CLAVE: EXPERIENCIAS DE INVESTIGACIÓN; PERFIL INVESTIGATIVO; ESTUDIOS SOBRE COMUNICACIÓN; ESTUDIOS SOBRE PSICOLOGÍA; AUTOBIOGRAFÍA.

ABSTRACT

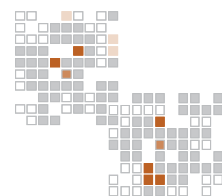
This is a very personal itinerary of the research route of the author, in which a number of moments stand out: his studies of communication and politics, the exploit of television narratives, the research on the economics of culture, his research on the evolution of the cultural policies and, most recently, his investigations with technologies, experiments and creativity. The itinerary is accompanied by some aspects of his approach that have directed his research, such as the dialogue between academic knowledge and professional spaces, or the confluence between psychology, communication and border knowledge.

KEYWORDS: INVESTIGATION EXPERIENCES; RESEARCH PROFILE; STUDIES ON COMMUNICATION; STUDIES ON PSYCHOLOGY; AUTOBIOGRAPHY.

RESUMO

Este é um itinerário muito pessoal do percurso de pesquisa do autor, em que se distinguem vários momentos: seus estudos sobre comunicação e política, seus trabalhos sobre narrativas televisivas, as investigações sobre economia da cultura, suas pesquisas sobre a evolução das políticas culturais e mais recentemente suas investigações sobre tecnologias, experimentação e criatividade. O itinerário está acompanhado de algumas dimensões de sua abordagem que direcionaram suas pesquisas, como o diálogo entre conhecimento acadêmico e espaços profissionais ou a confluência entre a psicologia, a comunicação e conhecimentos de fronteira.

PALAVRAS-CHAVE: EXPERIÊNCIAS DE INVESTIGAÇÃO; PERFIL INVESTIGATIVO; ESTUDOS SOBRE COMUNICACÃO; ESTUDOS SOBRE PSICOLOGIA; AUTOBIOGRAFIA.

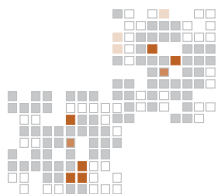


Estudiar psicología en los años 70 significaba escoger en que mar se navegaba. Los mares eran las escuelas y tendencias psicológicas, profundamente divididas por abismos epistemológicos, corpus conceptuales y acercamientos metodológicos. El psicoanálisis se colocaba en una orilla y el conductismo en otra. Levemente aparecían en el horizonte, la psicología cognitiva, algunos avances de la psicología social y unos trazos leves de la psicología cultural. El conductismo llegaba con presiones en aumento desde Estados Unidos, enfatizando el condicionamiento operante y el mundo idílico de Walden Dos. Skinner era su figura y los ratones su metáfora. No alcancé a ver ninguno en los laboratorios, aunque supe como bajaban las palancas de su laberinto, asomaban sus cabezas y sus patas para recibir su alimento como refuerzo. De ahí dar el paso al comportamiento humano me parecía un triple salto mortal sin malla de seguridad. Por el contrario, anduve por los anfiteatros médicos estudiando anatomía y neurología. Quizás por ello me sigue impresionando la “Lección de anatomía de Rembrandt” y muy tempranamente me conmovió el mundo que estudiaba Michel Foucault a través de la figura de la extracción de la piedra de la locura, la mirada médica de Bichat y la vigilancia del Panóptico. Y por supuesto, las pinturas de El Bosco.

El mundo del psicoanálisis era completamente diferente al del conductismo. Su dios era Freud y la biblia sus escritos. Los intérpretes eran muchos, aunque Klein o Lacan eran por entonces los más citados. Si en una orilla estaba la conducta, en otra reposaba el inconsciente; si en una se hacían programas detallados para cambiar los comportamientos, en la otra la palabra, los sueños y los actos fallidos, se extendían literalmente sobre el diván. “El jardín de Freud” se llama aún una excelente revista de la Universidad Nacional de Colombia, que recuerda los prados frente a nuestra Facultad, próxima a la de Sociología, en la que había sido maestro el sacerdote Camilo

Torres, muerto en un combate de la guerrilla del ELN contra el ejército. Por esos mismos prados desfilaba la secta de los Mefíticos con jaulas sin pájaros, se liaban porros de marihuana, mientras se discutía sobre los problemas del positivismo y se veía pasar a algunos de los nombres pioneros de las ciencias sociales colombianas. También por esos mismos prados pasaban los maoístas de la JUPA o los comunistas de la JUCO, engarzados en polémicas ardientes sobre la revolución socialista que nunca se llevó a cabo; en otras ocasiones, por esos mismos lugares, avanzaban piquetes de la policía o del ejército, persiguiendo a estudiantes entre el estruendo de las papas bombas, los cocteles molotov y los gases lacrimógenos. Después de 30 años continúan los rituales sobre las mismas calles, con los mismos movimientos del cuerpo y prácticamente sobre las mismas consignas. Cuando fui Defensor del lector del periódico El Tiempo a comienzos del 2000, escribí un texto titulado “La Nacional sin capucha”, en el que analicé las operaciones mediáticas que hacen posible determinadas representaciones sociales, como las de la universidad pública.

Estudí psicología porque era lo que más se acercaba a los problemas que me interesaban. Había hecho escarceos en la filosofía y en la carrera de sociología en una universidad privada de la que fui expulsado después de un mitin estudiantil en el que lo único que no hice fue precisamente lo que se me había pedido: solicitar la renuncia del Decano, un cura español que revoloteaba por los pasillos de la Facultad con sus hábitos blancos de Savaranola y sus conocimientos esquemáticos. La expulsión me llegó unas semanas después que me nombraran monitor de cátedra, un honor escaso, en todo los sentidos de la palabra. Supe que nunca ejercería la psicología el semestre en que estudié test proyectivos y sobre todo cuando me explicaron el enigmático test de Rocharch, que intenta descifrar el alma humana a través de manchas en las que unos ven vampiros voraces y



**El estudio del lenguaje fue mi puerta de entrada a la comunicación.
No era una puerta cualquiera. Los estudios del lenguaje, convocaban a
lingüistas, psicólogos, antropólogos y sociólogos.**

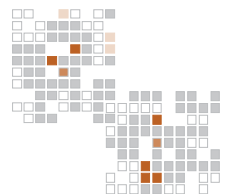
otros, delicadas mariposas. Sólo que ver lo uno y lo otro puede ser exactamente lo que diferencie a un obsesivo de un paranoico. Uno de mis primeros escritos fue un texto titulado, “Acerca de la posibilidad de una psicología fantástica” que, al revés del Rocharch, mostraba cómo la literatura fantástica era uno de los mejores caminos para comprender algunos perfiles íntimos del ser humano. Sin embargo mi tesis de grado, que recibió el honor de Meritoria, ya fue una primera marca en el camino que seguiría después: “Relaciones entre el psicoanálisis y la lingüística en la propuesta psicoanalítica de Jacques Lacan” se llamó ese trabajo que se internaba en la metáfora y la metonimia, en el significado y en el significante y que fue dirigida por el profesor Javier Jaramillo, con la lectura del profesor Jorge Bossa, quien había estudiado en Lovaina con un joven llamado Felipe González. El otro lector, el psiquiatra Álvaro Villar Gaviría había hecho unos trabajos pioneros sobre el servicio doméstico, la exclusión de los niños y un lexicón del poeta León de Greiff.

El estudio del lenguaje fue mi puerta de entrada a la comunicación. No era una puerta cualquiera. Los estudios del lenguaje, convocaban a lingüistas, psicólogos, antropólogos y sociólogos. Junto a Vygotsky estaban Levi Strauss, Goffman y por supuesto De Saussure o Chomsky. Aunque creo que el verdadero ingreso lo hice de la mano de lo que podríamos llamar, “el espíritu de la época”, que se sentía, vivo y vibrante, en la Universidad Nacional, la universidad pública más importante de Colombia. En ella se encuentra un país de regiones, culturas, clases sociales. Estudiar en ella es sentir directamente la experiencia de la diversidad que compone a este país tan fracturado

por las violencias. Es también asistir a un lugar de entrecruce de saberes, de voces pioneras y de escenificación crítica de los problemas del país. Por eso valoro sobre todo esta atmósfera, este estilo de controversia, crítica y saludable ironía social, como una dimensión fundamental de mi investigación comunicacional posterior. Esta es una constante que ha atravesado mi trabajo. Creo que generar contextos abiertos y críticos es tan importante o acaso más importante que acceder a los conocimientos. Para ser justo debería decirlo de este modo: la comprensión une la atmósfera con los aprendizajes. Sin atmósfera el aprendizaje se queda en los datos. Esto es aún más cierto en nuestros días cuando la obsolescencia del conocimiento es mucho más rápida y las atmósferas tienden a cambiar despojados de certezas demasiado estables y permanentes.

Las atmósferas y el conocimiento

En la Universidad Complutense de Madrid logré combinar la psicología social con los debates lingüísticos, los profesores más ortodoxos con las voces disidentes. Pero nuevamente, lo más formativo fue el ambiente que se respiraba en España en la época de la transición a la democracia, después de la larga noche franquista. Estos cambios a profundidad tienen un indudable impacto en nuestra formación y en nuestras ideas. Asistí al primer Congreso Anarquista convocado desde los días de la guerra, en un teatro de Chueca, en que después de oír las disquisiciones delirantes de Fernando Arrabal sobre la Biblia y la Virgen María, tuvimos que salir protegidos por barreras humanas hasta la Gran Vía, amenazados por grupos fascistas armados de palos y de intolerancia.

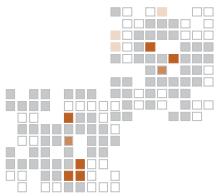


Oí el pregón del profesor Tierno Galván, alcalde de Madrid, en la Plaza Mayor, cuando inauguró el primer carnaval en democracia. Soy el fruto no tanto de las academias como de las atmósferas sociales y políticas. No soy la conclusión de un curriculum, sino el testigo sorprendido de unos cambios. Y estas atmósferas y cambios, me han acompañado en el ejercicio de la docencia y sobre todo en la motivación de mis estudios y en mi comprensión de la comunicación.

Mi interés de la comunicación estaba anunciado en mi pasión por el lenguaje. Pero fueron unos hechos coyunturales y quizás azarosos los que me introdujeron de lleno en la comunicación. Hace poco, mientras escribía estas impresiones personales, fui invitado a una reunión en la que comprobé que la respuesta a la pregunta de mi historia personal sobre la comunicación, debería mirar unos años atrás. “Hace poco, en un libro que se está preparando en México sobre las historias personales e intelectuales de un grupo de investigadores latinoamericanos de la comunicación en el que amablemente se me incluyó, me preguntaron sobre los antecedentes biográficos de mi interés y mis estudios sobre comunicación. Mi referencia fue a la época de mi formación como psicólogo en la Universidad Nacional de Colombia. Pienso que debería echar mucho más hacia atrás la mirada. Cuando era niño leía con emoción en los bancos de madera de la Plaza de mercado en Bucaramanga los cuentos que colgaban del cordel. Esa experiencia de lectura, junto con los días de cine (las exhibiciones para niños en el Teatro Unión o en el teatro Santander o el Rosedal se denominaban el “matinal”), mi emoción por la música y las artes, el circo, la lucha libre (las contiendas populares entre el Santo y el Águila israelita) y una representación de Rigoletto a la que asistí excepcionalmente en compañía de mi papá, en una ciudad donde la ópera era y continua siendo un hecho inusitado, han incidido en lo que escribo sobre comunicación.

Pero fue en un colegio salesiano de una lejana ciudad de provincia a donde las madres afanadas enviaban a sus hijos díscolos, donde aprendí sobre multiculturalismo cuando ni siquiera existía el concepto, sobre cine cuando había muy unos pocos teatros, sobre música cuando aún los discos eran grandes circunferencias en acetatos llamados L.P, sobre excursiones al campo cuando no había medioambientalistas. Tuve maestros italianos, un danés, un alemán, españoles y colombianos, en un país que tuvo muy poca inmigración. Recuerdo el patio en donde convergían las revistas de gimnasia que comprometían la estética con la disciplina en un ejercicio colectivo de simetría, los deportes, las salidas para los paseos y la banda de música dirigida por el Padre Juan Sierra. En ese patio fui feliz”.

Mi primer trabajo –que duró cerca de 22 años– fue en la Fundación Social, una institución singular a la que ingresé una vez regresé a Colombia, como asesor de su director, el jesuita Adán Londoño. Era –y continua siendo– una fundación que tenía empresas y en la que las utilidades de sus empresas (bancos, fiduciarias, seguros, compañías de leasing) se dedicaban a proyectos sociales. Una buena parte de mi vida profesional ha estado determinada por proyectos extraños, interesantes, retadores. La Fundación Social trabajaba en las finanzas, la salud, la vivienda, pero también en la comunicación. Un grupo de jesuitas –entre ellos Joaquín Sánchez, Gabriel Jaime Pérez o Jurgen Holbeck– habían creado Cenpro Televisión, una productora que después de unos años pasó a ser parte de la Fundación Social. Uno de mis primeras experiencias comunicativas fue en esta empresa televisiva, que realizó algunos de los programas más memorables de la televisión colombiana de los años 80 y 90. Entre ellos las series “Décimo grado”, o “De pies a cabeza”, que recrearon el mundo de los adolescentes desde lugares y tramas cotidianas, y también obras como “La otra mitad del sol”. “Tiempos difíciles” y “Pe-



Mis primeros cursos sobre Teorías de la Comunicación y Psicología de la Comunicación, permitieron mi encuentro con una disciplina en desarrollo, pero sobre todo, con un problema muy vivo de la sociedad.

ro Amor”, todas premiadas. Se trataba de una productora de televisión mediana, en que se pudo comprobar que la comunicación era importante por sus contenidos, su capacidad de riesgo y su innovación. En la experiencia de una empresa de televisión conocí de primera mano temas teóricos como el contraste entre empresa y proyecto, el sentido público del entretenimiento, la necesidad de proponer narrativas que no conciliaran con los clichés y la posibilidad de representar un país desde el relato mediático. Cuando llegó la privatización de la televisión, observamos que los días de Cenpro habían finalizado. Los costos eran inmanejables y todo el sistema estaba orientado a que solo dos empresas sobrevivieran en el nuevo esquema televisivo.

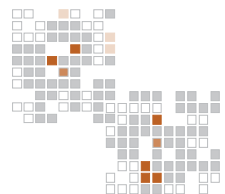
Años antes, siendo un joven estudiante, había participado en la publicación de un periódico cuyo nombre lo dice todo “Denuncia” y ya para entonces había empezado a escribir en periódicos de provincia. Uno de mis primeros artículos académicos fue un análisis de los modelos de la comunicación, en que traté de agregar a los más conocidos algunos que estaban más cerca de la sociolingüística, la semiología y las teorías del discurso.

Pero fue el ingreso a la Facultad de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana la que definió con más fuerza mi concentración en los temas de comunicación. “Las huellas de lo social”, fue uno de mis primeros artículos, publicado en la Revista Signo y Pensamiento, y es quizás un buen testimonio de mi preocupación por entrecruzar las ciencias sociales y la comunicación. Mis primeros cursos sobre Teorías de la Comunicación y Psicología de la Comunicación, permitieron mi encuentro con una disciplina en desarrollo, pero sobre todo, con un problema muy

vivo de la sociedad. Esta es probablemente una circunstancia fundamental del aporte a la comunicación de los investigadores de mi generación: hemos participado muy de cerca de los cambios que se han vivido en la comunicación durante estas décadas, que han sido cambios teóricos y sobre todo transformaciones sociales. Pero también hemos experimentado las modificaciones de las ciencias sociales, su desbordamiento disciplinar, su creciente porosidad e inclusive la aparición de saberes nuevos que no estaban en las taxonomías originarias en que nos formamos. Hijos de las disciplinas, vivimos los tiempos de la interdisciplinariedad y las postdisciplinas.

En la Fundación Social la comunicación era a la vez empresa y programa social. En una estaba Shakira y en el otro colectivos de comunicación de barrios populares, en una se experimentaba la consolidación de una industria y en los otros aparecían radios comunitarias, periódicos de barrio y antenas piratas de televisión.

Sin embargo, existió una condición inesperada que afirmó aún más mi proyecto vital en la comunicación. Mi amigo, el escritor y periodista, Fernando Garavito, me invitó a escribir la crítica de televisión de la revista Cromos. La invitación era particularmente sugestiva: provenía de alguien que mezclaba la literatura y el periodismo y que por entonces, era el director de la publicación y además se trataba de escribir en una de las revistas con más tradición en el país. Sólo que no era una publicación de intelectuales, aunque años antes Hernando Valencia Goelkel hubiera escrito en ella crónicas memorables de cine. El reto de combinar el trabajo en la Fundación con las clases de la Javeriana y la escritura en la revista, fue finalmente algo excepcional. Casi siempre



he trabajado en experiencias híbridas, que tienen recovecos y que se entrecruzan de una manera que originalmente no parece posible: el pensamiento con la acción, las publicaciones especializadas con las populares, la asesoría de instituciones públicas con la crítica social. En Cromos le cambié el sentido a la cartelera de programación, hice entrevistas, comenté semanalmente las producciones televisivas en una columna titulada “Al margen de la televisión”. Fue en esos márgenes – el de la televisión y sus creaciones masivas- en el que me encontré con el país. Las revelaciones que obtenía de esa mirada oblicua, me iban mostrando una sociedad que cambiaba entre problemas mayúsculos y realidades traumáticas. Sólo que los cambios se percibían en la telenovela, los noticieros, los programas musicales. De allí emergía un país que sentía, se dolía, ocultaba y mostraba. “La cultura es una red de significados que merece ser descifrada” escribió Clifford Geertz en “la interpretación de las culturas”, todo un programa de acción que era posible captar en el transcurrir de algunos de los mejores y más fructíferos años de la televisión colombiana.

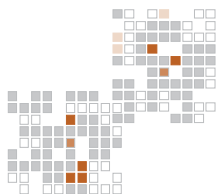
84

Entre el azar y la intención: los hitos autobiográficos

Los hitos biográficos de una producción intelectual no suelen ser lineales. Por el contrario, son el resultado de tejidos y de fibras que se entrecruzan de manera intencional o producto del azar y que pasados los años pueden ser convertidos en un recorrido. El tiempo nos permite elaborar una narrativa, más o menos comprensiva, de pasos que no siempre se dieron con una continuidad coherente. Primero se percibe el detalle y después las totalidades, aprendí de mis maestros de la psicología de la Gestalt y de los bellos y rigurosos análisis de la psicología de la percepción de Arnheim y Gombrich, autores a los que de joven leí emocionado. Venido de la psicología y del psicoanálisis, nadie podía prever que acabaría

en la comunicación. Sin embargo, el interés por el lenguaje lo hizo posible. Hay un capítulo dentro de la psicología que estudia el lenguaje como uno de los procesos definitorios del ser humano, pero por otra parte, como algo que se construye en su desarrollo ontogenético. Freud recurrió al lenguaje como un elemento revelador del inconsciente, mientras que Piaget y Vigotsky rastrearon su aparición en el niño, estrechamente unido a otras construcciones de la mente. Quizás por eso, un primer momento teórico de mi producción, se preocupó por los modelos formales y la psicología del lenguaje.

Los medios de comunicación irrumpieron con fuerza cuando debí escribir de ellos semanalmente. Desde los 80 hasta el 2000 no dejé de hacerlo, con una persistencia cronológica ineludible. Quienes han tenido la experiencia profesional de la escritura, saben lo que significa que llegue el momento de enviar los textos a impresión, sin que haya ninguna posibilidad de eludir la responsabilidad. Esta práctica de la escritura ha tenido algunas particularidades: fue crítica de medios en los medios, análisis de los medios en el ámbito académico y articulación de los medios con los procesos sociales que iba viviendo el país. Seguir el itinerario simbólico de la televisión, era a la vez, seguir las modificaciones que vivía el país. Pero otra particularidad era que escribía en un género que apenas tenía precedentes –la crítica- y que el pensamiento se desplegaba en y sobre su propio objeto: los medios se observaban desde los medios, en un mimetismo sin duda peligroso. Hay tal fuerza en los medios que pueden reproducir la atracción fatal que sufren las mariposas en la noche, frente a las fuentes de luz. Por otra parte, la escritura en los medios tiene unas reglas completamente diferentes a la escritura académica. Esta es mucho más pesada, canónica, rigurosa. Remite a un mundo de referencias teóricas y de comprobaciones metodológicas, que no posee la escritura mediática que es liviana y apresurada.



Desde la política a las políticas, se podría llamar uno de los hilos conectores de mi reflexión intelectual. En Colombia es difícil huir de la política. No existe refugio en los medios, puesto que de inmediato la política se expresa y manifiesta.

Esta condición se refuerza cuando se habla de televisión, un medio que se supone banal, advenedizo y fácilmente visual. Sin embargo, la escritura sobre la televisión, era, por lo menos en los años en que la escribí, la experiencia de algo que evolucionaba en muchas direcciones, algo que entusiasmaba a multitudes de personas y algo que representaba, a su manera, las estratagemas del poder. La sensibilidad frente a lo que escribía era inmediata. Unas veces importunaba a dueños de medios, otras a autoridades del estado, grupos económicos o creadores. Como en un teatro de marionetas, bastaba con que se moviera un hilo, para que la figura moviera unos ojos a punto de salirse de sus cuencas. Finalmente la televisión era industria, medio de comunicación, inversión económica, relato, pasión de masas, opinión y hasta prebenda política. En Colombia, casi todos los presidentes recientes han tenido que ver con medios, en los que han escrito y en los que incluso han sido presentadores de sus propios noticieros de televisión. Esta simbiosis me introdujo en lo que Jesús Martín Barbero llamó en el prólogo a mi libro “Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas” (1999), la “massmediación de la política”.

Sin embargo, los ingresos a los hitos teóricos suelen provenir de diferentes lugares. La Constitución de 1991, fue un momento decisivo en el paisaje político colombiano, por lo que significó de actualización moderna de la política. El proyecto de estado social de derecho, la garantía de las libertades civiles, los mecanismos de participación de la sociedad, la modificación de la arquitectura institucional del Estado definido como pluriétnico y multicultural, fueron elementos centrales de la renovación del panorama de la democracia co-

lombiana. Como lo fue el movimiento de “Comunicación y desarrollo”, que en los años 90 agrupó a numerosas organizaciones sociales alrededor de otras comprensiones de la comunicación y sobre todo, de otras derivaciones de su papel en la vida social. En esa época Alejandro Alfonso, Patricia Anzola, Jesús Martín Barbero y yo, participamos en la creación de la Dirección Social del Ministerio de Comunicaciones, una instancia institucional que, ante el énfasis en los medios y las tecnologías, resaltaba las relaciones de la comunicación con lo público, los procesos sociales y las formas de organización comunitaria.

De las política a las políticas

Desde la política a las políticas, se podría llamar uno de los hilos conectores de mi reflexión intelectual. En Colombia es difícil huir de la política. No existe refugio en los medios, puesto que de inmediato la política se expresa y manifiesta. Si el refugio se busca en un problema aún menor, como el de los géneros televisivos, la política surge de inmediato como el iceberg que se encuentra aparatosamente con el Titanic. Y la política no está sólo en las leyes y las reglamentaciones jurídicas –que han sido numerosas en estos años– sino en la propiedad de los medios, la presencia del Estado en la comunicación, las imágenes comunicativas de la democracia, la agenda informativa y hasta en las narrativas televisivas. La historia de la segunda mitad del siglo XX en Colombia pasa por la televisión. Los acontecimientos que vivió el país en ese periodo han tenido como protagonistas a los medios. Me refiero a la historia del narcotráfico, las guerrillas, el paramilitarismo, como también de las persecuciones po-

líticas, los acuerdos como el Frente Nacional, las luchas electorales y la actividad de los movimientos sociales. Analistas de los procesos históricos colombianos, como el francés Daniel Pecaute, han subrayado la necesidad de recomponer un relato de la nación que supere las lagunas, los emborronamientos y las amnesias impuestos por quienes estimulan una historia oficial, reducida y no incluyente. En la construcción de este relato han ayudado más las telenovelas y las series de ficción televisiva, que los propios noticieros, atenazados por sus evidentes intereses políticos y su enorme pobreza expositiva.

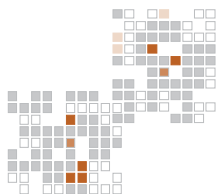
Un hito teórico fundamental para mi trabajo fue el encuentro con la persona y el pensamiento de Jesús Martín Barbero. Comprometido con la Escuela de Comunicación de la Universidad del Valle lo conocí en el Congreso de Americanistas que se celebró en la Universidad de los Andes, institución con la que he colaborado de diversas maneras: dando clases en la Facultad de Psicología y en el Taller de Arte, ayudando a crear el Centro de Estudios de Periodismo (CEPER) y fundando con Francisco Leal, la Revista de Estudios Sociales. Jesús Martín Barbero –tal como lo explique en el número monográfico que le dedicó la Revista Antrophos a su figura y su obra– ha sido durante varias décadas un personaje clave en la orientación de los estudios colombianos y latinoamericanos de comunicación. Y lo ha sido por el rigor de su pensamiento, su capacidad para hacer preguntas que desquician las explicaciones habituales, las interacciones que ha establecido no sólo entre los problemas de la sociedad, sino entre sus diversificadas formas de comprensión y por entender a Colombia desde perspectivas o que simplemente no existían o que eran desechadas inclusive por mentes muy lúcidas de las propias ciencias sociales. Martín Barbero desubicó la agenda y la situó en otros lugares, con una agilidad y sobre todo con una capacidad analítica sorprendentes. Durante estos años, ha

tenido la versatilidad de quien está permanentemente atento a las realidades, y especialmente a sus cambios y a sus nuevos paisajes. Su papel de maestro se expresa en el acompañamiento de los procesos sociales, en la escucha constante, en su talante de polemista y en su propuesta de líneas nuevas de pensamiento. Y lo hace en el debate académico más exigente, como en la discusión abierta con líderes comunitarios.

La obra de Jesús Martín Barbero ha tenido también la virtud de promover el diálogo con el pensamiento latinoamericano de la comunicación, resaltando las pertinencias locales en el contexto de las indagaciones y los debates internacionales. Mi relación personal con él ha estado marcada por su inmensa generosidad intelectual. Después de su jubilación de la Universidad del Valle, participó en proyectos de la Fundación Social a los que le invité, estimuló la creación y el desarrollo de la Revista de Estudios Sociales, fue un exigente interlocutor de mi trabajo crítico en los medios colombianos y estuvo siempre próximo a las iniciativas del PEP de la Universidad Javeriana cuando lo dirigí durante años. Con él he escrito libros y artículos y además prologó uno de mis primeros libros, “Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativa políticas”, cuyo texto aparece en “Oficio de Cartógrafo”, hemos participado en innumerables paneles, comisiones, antologías. La palabra maestro le cabe perfectamente a Jesús Martín Barbero. Así lo confirma el encuentro maravilloso que tenido con él durante todos estos años.

Las líneas de la mano hablan de futuros diagonales

Los hitos teóricos tampoco suelen ser lineales. Hay sin embargo, continuidades, relaciones familiares y convergencias, pero también desvíos y caminos paralelos. En algunas ocasiones, los problemas nos encandilan o nos cautivan de tal modo que abandonamos un camino persistente y en otras, es el azar el que actúa, llevándonos ha-



Hay otras dos clases de hitos que considero importantes en mi formación y en mi trabajo en comunicación: el primero, el de los reciclajes profesionales y el segundo el de los cambios sociales y políticos en mi país.

cia territorios que no estaban en nuestras previsiones más directas y conscientes. Las metáforas de Isahah Berlin sobre los erizos y zorros en el pensamiento son muy acertadas. Pertenezco al mundo de los zorros que tienen el problema de ir y venir, aunque también el acierto de establecer conexiones inusuales que no forman parte de la conducta de los erizos. Los erizos son mucho más sistemáticos, construyen una obra consistente y focalizada y huyen de todo aquello que los pueda distraer de sus propósitos bien definidos. En comunicación los erizos son fundamentales, porque es un campo del saber, donde las confusiones pueden ser el pan de cada día y en el que las transformaciones pueden hacer pensar que no es posible elaborar continuidades coherentes de pensamiento. Mientras que otras disciplinas sociales tienen destacados e imprescindibles erizos, la comunicación apenas comienza a tenerlos. Pero la comunicación es un lugar para los zorros, por su condición de frontera, su necesidad de un diálogo con otros lugares del conocimiento y sobre todo por sus cambios permanentes, que influyen casi de inmediato en la vida cotidiana de millones de personas. Algunas vez escribí que en materia de comunicación primero estaban los cambios, después los juristas que buscaban reglamentarlos y finalmente, acezantes y exhaustos aparecían los teóricos que intentaban explicar semejante panorama cambiante. Esta suerte de carrera de fondo es fácilmente explicable. Internet ya forma parte del menú diario de millones de seres humanos en el mundo, que la usan para informarse, entretenerse, comunicarse. Muy atrás de lo que ella significa, están los juristas que buscan reglamentar sus usos a través de leyes que no logran comprender suficientemente lo que está

ocurriendo y que aún envasan el vino nuevo en odres viejas. Y aún no existe un corpus suficientemente sólido de teoría sobre internet, a pesar de los esfuerzos de diversos pensadores. A veces pienso que las marcas de nuestros recorridos intelectuales están en otros lados diferentes a los más aceptables de las teorías, los esfuerzos académicos o la investigación. Probablemente son trazos más vitales los que nos llevan a pensar de un modo o de otro o sobre una cosa u otra. Los estudios sobre la psicología y el lenguaje, ya fueron advertidos como fuentes teóricas de mi preocupación por la comunicación. Mi interés inicial en los modelos formales de la comunicación o en el análisis de los aportes de una psicología del lenguaje, ya estaban más en el campo de la comunicación que en el de la psicología. Pero también fue muy importante para los investigadores de mi generación, la crítica al positivismo y la vinculación de la investigación a la teoría y las prácticas sociales. Tuvimos una enorme suerte cuando los astros se alinearon y se encontraron temas, metodologías y comprensiones. Este encuentro no se dio entre categorías fijas, sino entre conceptos que mutaban y que se conectaban, no en su estabilidad sino en su preciso momento de modificación. Probablemente esta sea una característica de la investigación en nuestra generación, como lo es la transformación de las disciplinas, hacia encuentros conceptuales y campos híbridos. La relación, por ejemplo, entre comunicación, cultura y sociedad, es una tríada conceptual que se mueve. Con ello quiero decir que es preciso partir de la observación de esta relación en un entorno en movimiento, que además no es lineal sino múltiple. En la segunda mitad del siglo XX, se produjo una renovación de los tres conceptos



Las convergencias y las disonancias, forman parte de la construcción temática de la investigación social. En mi caso, siempre ha existido una conversación entre la investigación y la actividad profesional.

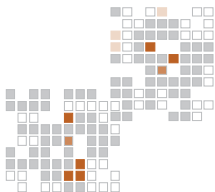
y de los modos de comprenderlos. Una historia de las ideas, y concretamente de estas tres –comunicación, cultura y sociedad– mostraría diferentes tendencias explicativas, familiaridades, distancias teóricas y maneras de acercamiento diversas. Solamente daré un ejemplo. En los 70 se encuentran los estudios de Goffman, de Geertz, de Bruner (1998) y de Barthes (1973). El primero se interesó por las interacciones como orden social y el segundo afirmó que la cultura es una red de significados que merece ser descifrada (Geertz, 1988). Bruner, desde la psicología cultural y los estudios cognitivos, señala que la educación es un foro de creación y recreación cultural, Geertz que la cultura es un documento público, extranjero, plagado de elipsis y Barthes escribe que estudiar el texto es una ciencia que se comparte con la hifología, es decir, con el saber sobre las telas de araña. Si Bruner se interesa en el relato como exploración del mundo de lo posible más allá de lo banal, Barthes escribirá sus Mitologías, en que compara los automóviles con las catedrales, Geertz aplicará la etnografía a estudiar el sistema religioso de Balí a partir de una riña de gallos y Goffman se inspirará en una perspectiva cinematográfica, para explorar las relaciones sociales. Si contempláramos obras de autores más recientes. encontraríamos que las reflexiones de Marta Nussbaum sobre la justicia acudiendo a Dickens, son cercanas a la preocupación de Rorty sobre el estudio de la solidaridad en la novela. Lo que es interesante resaltar es la convergencia del pensamiento y cómo dimensiones teóricas comunes permiten interactuar a la psicología, la antropología, la sociología o la semiología. A los periodos bisagra de los que habló el investigador colombiano Orlando Fals

Borda, uno de los pioneros de las ciencias sociales y creador de la investigación acción participativa, los acompañan los conceptos bisagra, que son aquellos que articulan una cierta atmósfera de pensamiento en una época determinada. Hay por supuesto, también y por fortuna, conceptos implosivos, que son como mónadas aisladas y extraterritoriales, líneas de fuga, diría Gilles Deleuze. Estoy pensando en los textos de Simmel o de Pierce, que tantas incomprendiones suscitaron en su tiempo y tantas interpretaciones proporcionan en el nuestro.

La tríada además de ser influida por los cambios teóricos, tiene la particularidad de relacionarse de manera activa con las transformaciones de la sociedad, ya sea porque interviene directamente en su figuración o porque es impactada por los cambios que la propia sociedad experimenta. La relación de la microelectrónica y las telecomunicaciones, que dio origen a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, influyó en las sociedades de una manera aún más fuerte que los propios medios de comunicación tradicionales, de los que inclusive se dice que han generado culturas particulares (de la imagen o de lo digital), así como la modernización y la secularización de las sociedades replanteó a fondo el sentido y el papel moderno de la comunicación. De esta manera, la investigación en comunicación está frecuentemente interpelada por los cambios internos al campo, como también por lo que se viven en la sociedad y la cultura.

Cambios y reciclajes

Esta conversación de la comunicación con las ciencias sociales fue fundamental para enfrentar los asuntos comunicativos que se iban produciendo

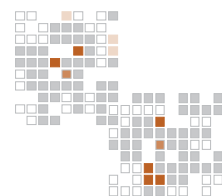


do ante nuestros ojos y que nos iban exigiendo respuestas comprensivas. También, lo ha sido en mi caso, el diálogo con la literatura, la música y las artes, que pude analizar cuando me desplacé del análisis de los medios y particularmente de la televisión, al estudio de las industrias culturales, las políticas culturales y actualmente las nuevas tecnologías. De la psicología al lenguaje, del lenguaje a los medios de comunicación, de los medios a las industrias y las políticas culturales y de éstas al mundo que abren a la creación y la comunicación las nuevas tecnologías: ese podría ser un resumen del recorrido “zorro” de mi trabajo, que explicaré más adelante.

Hay otras dos clases de hitos que considero importantes en mi formación y en mi trabajo en comunicación: el primero, el de los reciclajes profesionales y el segundo el de los cambios sociales y políticos en mi país.

Es un lugar común recordar que existen varios momentos de reciclaje en la vida de un profesional y que a medida que pasa el tiempo, es necesario reaccionar a la obsolescencia del conocimiento y a la modificación de los contextos en que actuamos y nos desempeñamos. Mi generación ya experimentó esta exigencia, que será aún más dramática para los jóvenes que se interesen por la ingeniería, las artes o la comunicación. Lo que he podido pensar y escribir y pensar en estos años, ha estado signado por lo que hecho y actuado en la vida corriente. Nunca fui un psicólogo como se esperaba que fuese y como era lo normal en mis años de formación. Los psicólogos podrían atender consulta terapéutica en su consultorio, trabajar en programas institucionales, hacer selección y acompañar procesos organizacionales en empresas o dedicarse a la psicología en la escuela. Hacerlo en la comunicación era casi impensable y los procesos formativos de ese momento no estaban diseñados para favorecerlo (aún no creo, que lo estén, lo que no me parece necesariamente criticable). En una lección inau-

gural a la que fui invitado para comenzar el año académico en una Facultad de Psicología, hablé expresamente de esta tensión que no me permitía ser reconocido como psicólogo por los colegas, ni comunicador por los profesionales de ese campo. Ser un profesional en el limbo fue mi condición inicial, cuando renuncié explícitamente a mi asignación profesional y me entrometí en aventuras profesionales donde era una suerte de anfibio regularmente visto. Creo que por estos días el Papa ha cuestionado la existencia del limbo, y sin tener ninguna prerrogativa de infabilidad, puedo testimoniar que buena parte de mi ejercicio profesional ha sido realizado en él. El limbo me ha permitido dialogar con los bárbaros –tal como han sido entendidos por Coetzee, Cavafis o más recientemente Asessandro Baricco- es decir, con los otros, los extraños, establecer puentes diagonales y no simplemente horizontales, tomar conceptos que han prosperado en determinados terrenos, para tratar de transplantarlos a otros y hacer ejercicios de traducción entre lenguas extranjeras y a veces sin diccionario. Trabajé en una organización extraña, en una productora de televisión excéntrica, en unos oficios inexistentes haciendo cosas no siempre habituales o que estuvieran explicadas en manuales. La Fundación Social me dio la oportunidad de ver a la comunicación vinculada a la empresa y a la vez a proyectos sociales, vista como industria pero también como forma de movilización social. Cenpro me facilitó pensar la televisión de otra manera a pesar de vivir en medio de las contingencias de la pauta publicitaria y las mediciones de audiencia. En el periódico El Tiempo, ocupe el lugar de un outsider en el mismo centro de la portentosa máquina mediática, sabiendo primero lo que es escribir semanalmente para una audiencia sin rostro, pero cada vez más activa, sobre un tema que les implicaba directamente (la televisión) y después mediando como defensor del lector, entre las prácticas periodísticas y los intereses de la sociedad,



sentado en una especie de silla eléctrica, en que no había reposo y se estaba a diario en medio de dilemas, controversias y ambigüedades. Mi paso por el Convenio Andrés Bello y después por el Ministerio de Cultura de Colombia, como asesor de la Ministra Paula Marcela Moreno, me permitió conectar la comunicación con la cultura, a través de los primeros estudios que se hicieron en el país sobre economía de la cultura y dirigiendo después la compilación sobre las políticas culturales del país. Si mis primeros años profesionales vincularon ética y cultura, con vida empresarial y comunicación con proyectos sociales, los segundos me permitieron explorar los medios desde dentro, siguiendo el día a día de sus prácticas, de las que no era un observador externo, sino implicado. Los terceros me acercaron de nuevo a la cultura, pero relacionándola con la economía creativa, el desarrollo y las políticas públicas nacionales, regionales y locales.

Haber estado cerca de las instituciones culturales de Bogotá y Medellín, ha sido para mí un laboratorio excepcional de observación de los procesos de participación social y decisión política en la cultura, en dos ciudades que han articulado la cultura con la gestión pública de la ciudad, mucho más allá de las opciones de intersectorialidad. Mi vinculación con proyectos culturales de la AECID, OEI, la SEGIB, la OEA y universidades del exterior, ha influido en los itinerarios recorridos en estos años. Es después de un cierto tiempo cuando al echar la mirada hacia atrás, huyendo del peligro de ser transformados en estatuas de sal, se pueden reconstruir los senderos transitados, no sólo como profecías que se autocumplen, sino como resultados de una curiosa combinación entre lo que quisimos y lo que hallamos, entre la intención y el azar, entre los logros y el fracaso.

Ineludiblemente, la política

Para un investigador colombiano es ineludible su relación con la política. Se repite también

como otro lugar común, que nuestra generación no ha conocido un solo día en paz. Colombia ha sido desgarrada desde hace décadas por terribles violencias, desigualdades crónicas y ofensivos desconocimientos. Las ciencias sociales modernas se han volcado a la explicación de sus razones históricas, los perfiles de sus actores y los procesos vividos en el entorno de una sociedad que también es creatividad, participación y lucha por construir motivos democráticos de inclusión. Una buena parte de la investigación en comunicación, como lo han demostrado los estudios de Jorge Iván Bonilla, se han orientado a la indagación de la representación mediática del conflicto armado interno y a la relación de comunicación y violencias, así como a las articulaciones entre democracia, comunicación e instituciones o a las conexiones entre vida pública y procedimientos comunicativos. Pero se equivocan quienes piensan que los estudios colombianos de comunicación y violencia son aplicaciones meramente locales. Como lo pude mostrar en el Encuentro Mexicano de Investigadores de Comunicación Social (2011), el conflicto colombiano rebasa su descripción casuística y su carácter excepcional, puesto que ofrece elementos para comprender como funciona comunicativamente ese conjunto de problemas que tienen los rostros de la inseguridad y la delincuencia urbana, el crimen organizado, la arremetida de las pandillas o la vulneración de los derechos humanos.

Una historia de la comunicación en América Latina estaría entretejida de permanencias, ausencias y abandonos conceptuales. Las teorías difusionistas y sobre todo las propuestas de la “mass communication research” tuvieron una influencia inicial en la reflexión latinoamericana porque permitían, por una parte, acercarse científicamente a los fenómenos de la comunicación, particularmente a la opinión pública y a los medios de comunicación, y por otra, unirse a los programas de desarrollo que se estaban pro-

Mis preocupaciones investigativas actuales recogen el trabajo pasado y se plantea interrogantes a partir de los nuevos contextos comunicativos.

Es un camino construido por indudables tensiones (...)

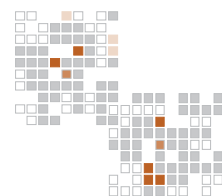
moviendo en el continente desde los años 50 del siglo pasado. Las teorías semiológicas y la teoría crítica, empezaron a diversificar el panorama de los conceptos, pero sobre todo la orientación de las explicaciones y los objetos de estudio, porque movieron la comunicación hacia la inteligibilidad y el desciframiento del mundo de los signos y hacia las relaciones entre la comunicación y los procesos sociales y políticos. Pero los marcos de referencia cambiaron profundamente cuando en América Latina se empezó a estructurar un discurso propio sobre la comunicación, que resaltó la importancia de la cultura y de lo popular, su incidencia en los procesos sociales y políticos de los distintos países y de la región, y se encontraron interacciones que en el pasado no eran tan evidentes, como por ejemplo, con la economía, el desarrollo o las tecnologías. Mis estudios tienen una deuda con este horizonte reflexivo y sobre todo con la visión que inauguraron: la necesidad de entender a la comunicación como proceso social, las conexiones que encontraron con dinámicos culturales que permanecían ocultos en otras tradiciones investigativas, la necesidad de afirmar un pensamiento que dialogara con el debate internacional desde los contextos de América Latina y la apertura a temas que hoy ya empiezan a tener una continuidad en el pensamiento comunicativo de la región.

Los temas no aparecen solamente como productos de la academia, sino también como resultado de los debates sociales y el encuentro con posiciones innovadoras que muchas veces contradicen el canon imperante o son extraterritoriales al propio campo. Las convergencias y las disonancias, forman parte de la construcción temática de la investigación social. En mi caso,

siempre ha existido una conversación entre la investigación y la actividad profesional. Nunca he sido un profesor completamente dedicado a su tarea académica, sino un híbrido que combina las turbulencias cotidianas del ejercicio profesional –divergente, eso sí– con la docencia, la investigación y la escritura. Un extraño perfil que en nuestros días es mucho más frecuente, aunque no sea necesariamente el más conveniente. Los temas de investigación no se abandonan totalmente. Algunos permanecen latentes durante años y nos acompañan con una simultaneidad que de pronto permite que salgan del anonimato y se introduzcan de nuevo en la conversación. Si en los años 90 investigué en comunicación y política, un tema que dejé para explorar las realidades de las industrias y el consumo cultural, hace poco volvieron las preocupaciones pasadas de la mano de la pregunta sobre las políticas culturales; si en los 80 y 90, me concentré en los medios de comunicación y especialmente en la televisión, tema que abandoné en el 2000, volvió a aparecer durante mi dirección de ÁTICO, un centro de creación y formación multimedial, pero en sus relaciones con los cambios tecnológicos y la modificación radical de los lenguajes.

Los nuevos afanes

Mis preocupaciones investigativas actuales recogen el trabajo pasado y se plantea interrogantes a partir de los nuevos contextos comunicativos. Es un camino construido por indudables tensiones: junto a mi interés en las industrias de la creación, está la indagación por todas aquellas formas expresivas y comunicativas que no se alojan en grandes infraestructuras empresariales o comerciales. Esto significa, por una parte, continuar los



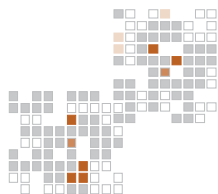
estudios comenzados en los 90, cuando hicimos la primera investigación sobre el impacto de las industrias culturales colombianas en el producto interno bruto del país y por otra, rastrear todas esas pequeñas experiencias que se aventuran a realizar teatro en un pueblo perdido del Caribe o a emitir desde una emisora comunitaria en un barrio popular de Bogotá o de Medellín. En una u otra orilla, los estudios varían significativamente. En la primera, la de las grandes industrias, aparecen temas nuevos, como las industrias de contenidos digitales, la pregunta por los espectáculos públicos o los replanteamientos de las escenas mediáticas. Uno de mis libros recientes fue una exploración de los públicos de la danza, el teatro y la música de Bogotá. En este libro se encontraron las políticas públicas de una ciudad con las formas alternativas de creación y de circulación, los grandes festivales musicales, con los puntos de producción simbólica que crecen como hongos en las diferentes zonas de la ciudad. En este momento, no volvería a hacer los cálculos de impacto en el PIB, no sólo porque ya existe una medición –la de la cuenta satélite de cultura– sino porque mis intereses se desplazan hacia otros objetos. Mis estudios de consumo se han movido por motivos profesionales hacia el ámbito de la lectura y sus transformaciones contemporáneas, especialmente las que se derivan de su compromiso con lo digital. He participado en las tres investigaciones que han promovido las instituciones colombianas de la lectura y en un breve lapso de tiempo (12 años), he podido percibir algunos cambios sustanciales: el que vincula a la lectura con la educación, el que demuestra el ascenso de la lectura digital sobre variados soportes, el que detecta modificaciones de la lectura en los jóvenes o el que la relaciona con el entretenimiento y sobre todo con las nuevas formas de encuentro, particularmente las abiertas por las redes sociales.

Pero mis intereses actuales confluyen en dos grandes temas: las nuevas tecnologías y las variaciones de las políticas culturales. Llegué más di-

rectamente a las tecnologías cuando creé la sala Matrix de la Universidad Javeriana, un espacio plural para conectar la tecnología con la producción audiovisual, pero sobre todo con los procesos de creación y los movimientos experienciales de los actores sociales. La idea de “laboratorio” me surgió con Matrix y así la expuse en un texto que fue recogido por la revista Signo y Pensamiento. El laboratorio es un lugar de experimentación, de intersecciones, de ampliación de los campos, como también lo es de exploración fronteriza, de ejemplificación de lo que “hacen” con las tecnologías sujetos sociales muy diversos, desde los niños y los maestros, hasta los indígenas y los creadores digitales urbanos. El laboratorio es una opción real para poner a prueba los conocimientos, pero especialmente es una oportunidad para conectarlos de manera simétrica y en no pocos casos, diagonal. Matrix me provocó una cantidad de preguntas: las relaciones entre sabidurías ancestrales y apropiación tecnológica, los impactos de la vinculación con las máquinas y los aprendizajes, las mutaciones comunicativas generadas por los desarrollos de las posibilidades expresivas, las conexiones entre los itinerarios cognitivos de los niños y las niñas y sus figuraciones tecnológicas.

Mi posición como director del Centro ÁTICO de la Universidad Javeriana, un laboratorio de laboratorios (contiene cerca de 60 laboratorios de música, video, cine digital, artes electrónicas, animación experimental, realidad aumentada, arquitectura, diseño), me provocó otro mapa de preguntas sobre las interacciones disciplinares en tiempos postdisciplinares, los aprendizajes en contextos altamente tecnológicos, las “intromisiones” de las tecnologías en los proyectos creativos, los diálogos entre sí de “laboratorios” muy diferentes, ubicados en la ingeniería, la nanotecnología, la medicina, los territorios o el videojuego.

Las ubicaciones personales nos suelen ofrecer posibilidades de indagación que de otro modo serían muy difíciles de percibir y aún más de interve-



nir. En ÁTICO he tenido la experiencia vívida de un campo comunicacional que se ha encerrado o en la profesionalización o en unas tendencias investigativas demasiado aisladas. El diseño y la arquitectura, la biología y la música, son espacios en que la comunicación se está manifestando de otro modo, muchas veces no captado por el mundo comunicativo institucionalizado. El futuro próximo deparará a la comunicación unos interrogantes muy fuertes que tienen que ver con las ciencias cognitivas, los estudios del cerebro, la robótica, la inteligencia artificial y la biotecnología.

En el laboratorio se entrecruzaron creadores digitales con productores musicales populares, jóvenes motivados por el cine o el video con científicos que investigaban los nexos entre sus objetos disciplinares y las tecnologías de la información y la comunicación.

Alejado ya del Centro construido en los márgenes de la universidad junto a un parque secular, puedo ahora hacer memoria y construir algunas ficciones sobre la experiencia que he vivido. Las tecnologías existen más en la ausencia que en la presencia, en los flujos que en ritmos estables. Quizás la primera afirmación necesite explicarse. No hay nada peor que reducir lo tecnológico a los servicios y sobre todo participar de la idea de lugares llenos de aparatos, sobrecogidos por

una falsa sensación de plenitud. Se necesitan más espacios zen, en que la gente pueda conectarse, tenga acceso a redes y a memorias sin tantas vigilancias y se dedique a proyectos colaborativos y a gestos experimentales.

Mientras finalizaba mi gestión en ÁTICO, dirigí una investigación del Centro Nacional de Memoria Histórica sobre la violencia contra periodistas en Colombia durante las últimas décadas. Un problema que rebasó los límites geográficos porque durante algunos años el país estuvo en los primeros lugares más peligrosos del planeta para ejercer el periodismo. “La palabra y el silencio, La violencia contra periodistas en Colombia (1977-2015), es un ejercicio de memoria incompleta, que recorre documentos, testimonios, entrevistas, datos, para tratar de componer una visión de lo sucedido y sobre todo de los contextos que provocaron esta terrible realidad.

A pesar que los contextos son diferentes y que nos parece que un mundo nuevo se asomó a nuestras ventanas y penetró por ellas, tengo la sincera impresión que todo esto estaba anunciado desde el día en que siendo niño, me senté en un banco de madera con una emoción desbordada y una imaginación abierta, a leer los cuentos que colgaban de un cordel, en la plaza de mercado de una ciudad de provincia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTHES, Roland. *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1973.
- BRUNNER, Jerome. *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de la cultura*. Barcelona: Gedisa, 1988.

